

Venga a ver su honorario

CARICATURAS.

571

Precio 0.25 cts



Isidoro

EL LITICIO DE TACNA Y ARICA ANTE LA LIGA DE LAS NACIONES

Si ganamos lo de abajo, perderemos lo de arriba.

EDUARDO RIVERA

Calle del Correo.—Frente al Pasaje Royal.

TELEFONO 549

SOMBREROS de paja mocora último estilo

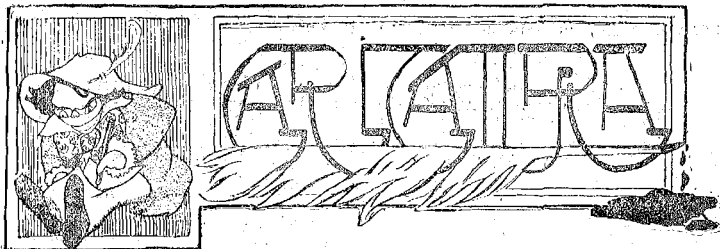
V B D

TERNOS interiores
para caballeros

CALCETINES de puro hilo.

PAÑUELOS suizos, para señora, bordados
a mano, en cajitas de fantasía, desde
2 sures cada **cajita.**

PERFUMERIA.—Cepillos Pro-phy-lac-tic
para dientes.—Crema dental.—Jabón de
Reuter, legítimo.—Cremas, Cosmético
y Kosmeo.—Polvos de talcos, etc. etc.



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N.º 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

AÑO II

Quito, Febrero 8 de 1920

NÚMERO 54

DE LA GRANDIOSA VELADA

del Domingo 1º de Febrero

Nuestro aplauso más sincero, el más sentido y verdadero de todos los aplausos, a los inteligentes organizadores de la Velada. Fue un triunfo incomparable, una fiesta hermosísima, como nunca quizás se ha realizado en nuestro Coliseo.

Los diarios han reseñado largamente en los días siguientes a la velada los hermosos y bien distribuidos números. No hacemos, por tanto, ahora, un elogio particular de cada uno; ni hay elogios suficientes para alabar como es debido a las preciosas muchachas que dieron el mayor esplendor a la fiesta con los tesoros de su belleza, de su elegancia y de su gracia.

* * *

Los cuadros? . . . El primero, el del doctor J. G. Navarro, «La Defensa Nacional», con cuatro lindísimas muchachas, resultó apreciable como composición y arreglo.

El segundo, «La Primavera», dirigido por D. Luis F. Veloz, en el que tomaban parte cuatro muchachas maravi-

llosas de belleza, resultó un triunfo artístico de un gusto y armonía inimitables.

El tercero, «Vis, Vietis, Fama», en el que representaban también cuatro hermosísimas muchachas; cuadro dirigido por Nicolás Delgado, resultó otro esplendoroso triunfo, un derroche de arte, belleza y composición.

* * *

Los números de música? Bellísimos todos, aplaudidos todos con delirio, haciendo estallar de entusiasmo la aparición de cada una de las gentiles muchachas, que nos ilusionaban con el prodigio de su belleza y con la maravilla de su arte; entusiasmo culminante, inmenso ante la belleza y la gracia de **Eulalia Pérez**.

Todos los elogios son pálidos, no tenemos flores suficientes para arrojar al grupo encantador de mujeres de la velada: **Laura Borja**, con la magnífica recitación de «Primavera mística y lunar», **Julia Serrano**, **Eulalia Pérez**, **Celina Pérez**, **Te-**

resa Pronño, la señora Charlotte de López, las lindísimas, las primorosas Leticia y Araceli de Mesa, convertidas por la gracia del arte, en intérpretes de «El Enamorado de la Reina», y por fin, cerrando con llave de oro la inolvidable velada, la Reina Lucrecia Pérez, la Reina mil veces bella y gentil, a la que dijo el poeta Gómez Jaime: «Por tus prestigios imperiales—y de tu trono por guardar los fueros,—quisiera conver-

tir en caballeros,—de coraza de luz, mis madrigales» . . . Interpretando como sólo ella sabe hacerlo, el «Rondeau» de Weber y el «Caprice» de la Chaminade, y recibiendo la loca explosión de aplausos y la inmensa lluvia de flores . . .

A todos, a todos los de la velada, nuestro aplauso, y a ellas, al maravilloso ramillete de belleza, nuestra más rendida pleitesía.

Chronist.

LA FLOR DE THE

DE «VELADA PALATINA»

La palidez
De tu semblante,
Me recuerda esta vez
El Japón heroico y galante,
Las chinerías
De que Gautier fué tan amante,
Los lagos de añil donde levés
Tiemblan los juncos del Amor,
Los pinos que son en las nieves
Un tema para el trovador;
Y quisiera
Volar contigo al Yoshivara
Y en un día de Primavera
Con una tarde de oro clara,
Donde los vuolos de las grullas
Dibujen nuestras iniciales,
Ir por calles de crisantemos
Ó de arrozales apacibles,
Gozando de amores supremos
Sin acordarme de imposibles.

HUMBERTO FIERRO.



PL

Es la gracia inefable.

Por la granada sangrienta de su boca;
 por la diadema aviriza de su rizada cabellera infantil;
 por la sortilega alucinación de sus ojos de hechizo y de misterio;
 por la albura eucarística de su faz y de su alma;
 por ella, como galante pleitería a su belleza, los pétalos de rosa
 de un soneto, el perfumado lirio de un madrigal.

LA DANZA DE LAS HORAS

La derrota del "Tigre"

En los días dolorosos de la indecisión, cuando las huestes orgullosas, rubias y fuertes del Loco del Rhin sangraban con sus obuses, sus cañones y sus submarinos el alma heroica de la Francia, y hacían estremecerse a la Humanidad con un gigantesco escalofrío de pavor; fue la voz enérgica del viejo Tigre, la que se alzó en una como clarinada épica despertadora de las heroicidades y preconizadora de las victorias . . . En la palabra recia y decidida del antiguo demoleedor de Gabinetes, y en su firme manera de obrar, estaban, acaso, sintetizados, el corazón y el cerebro del País de Galia, el corazón y el cerebro de todos los Países libres. Cobró apariencias de Apóstol este Clemenceau de enormes bigotazos y de ojos electrizantes; y fueron para él los himnos triunfales de la gloria.

Un día, el poder ficticio y oropelesco del Hohenzollern cayó con el ruido hueco de siempre que se rompen las estatuas de los ídolos. Con sangre y fuego—con la sangre y el fuego que fueron como el blasón heráldico del Alemán—había respondido el mundo a la locura prodigiosa de Guillermo, y había postrado a la guarnecida Aguilta Teutona. Francia—rubias princesitas del Amor, «con los staccati de una bailarina y las locas fugas de una colegiala»; fiestas, risas, besos, ritmo y luz; vida, alma, antañona sangre latina que se proluga en las bazas maravillosas de los «poilus» de largos cabellos polvorosos y de corazones heroicos. Francia, Francia sentimental y guerrera, exquisita y legendaria—, y con Francia, la Europa del Oeste; el frío, enorme y admirable país de Yanquilandia; las naciones jóvenes de la jocunda América Hispánica, echaban a rodar la coraza férrea del Prusiano y ahogaban el

rumor de sus cañones, de sus gritos soberbios de potulancia . . .

Y en aquella Hora del Triunfo, de la Redención y de la Paz, el sentimiento múltiple de millones de hombres, proclamó al Premier Francés de alma de acero y energías indomables, Padre de la Victoria . . .

Los meses de laboriosidad sorprendente de la Conferencia de Paz, en que Clemenceau, con Wilson, con Lloyd George, con Orlando—el Consejo de los Cuatro—, disponían a sabor de la suerte de este mal planeta que habitamos, consagraron definitivamente la severa figura del «Tigre».

Pero, en el fondo, la protesta contra su poder casi ilimitado, contra su indiscutible dictadura, flotaba, poderosa e incontentada. Primero fue un muchacho paliducho, débil, que no abandonaba aún los lúderos moeriles, quien le disparó su revólver al Premier. A Emile Cottin le dijeron anarquista, le asustaron con una escaramuza de linchamiento, creo que hasta condenáronle a la pena capital . . . Y el Tigre siguió, impertérrito y laborioso, en su empeño de ordenar la Humanidad. Ahora, el Tigre ha caído derrotado. Ya no suenan para él los sonos sonorosos de los cantos triunfales. Ya no son para él los honores de las épicas clarinadas ni de los desfiles asombrosos. El viejo Ministro de la Guerra ha cesado de ser el Omnipotente. Un parlamentario joven y de talento, M. Paul Deschanel, como todos sabéis, es ahora el Presidente de Francia, peso a la influencia potente de Clemenceau.

Y el Tigre, vencido, anuncia su propósito de retirarse de la vida pública. Y quiere viajar. Y quiere absorberse en la contemplación de los azules mares del Mediterráneo; y

quiere sorber el amargo simbolismo de la Esfinge de Egipto; y quiere poner sus plantas en los mágicos países de la Persia; y embriagarse, y soñar, y vivir la vida exótica y tentadora de lo Desconocido, en las tierras fastuosas, exuberantes, rituales de la India primigenia

A esta hora misma en que vosotras, lectoritas de suaves ojos sutiles, váis desflorando estas crónicas, probablemente se ha partido ya hacia el país de las Pirámides el anciano glorioso Clemenceau, a quien vosotras, lindas virgencitas rubias o morenas o de dilatados ojos glaucos, admiráis, pero con un poquitín de miedo.

Porque vosotras, ¿verdad? teméis al Tigre. Os asusta la feroz expresión de su carota arrugada, donde hay dos ojos que parecen dos conjuros. Conmueve vuestra fragilidad de lieca, la vozota bronca que subís tiene el Padre de la Victoria. Y lo creéis sin corazón. Sin embargo; yo os lo voy a decir, por si no llegó a vuestros oídos: este Clemenceau so-

brehumano y casi hostil, incommovible y vencedor de los achaques que nos proporciona el Tiempo; este Clemenceau que salvó, por su energía física asombrosa, del plomo de un muchacho anarquista, y que hoy se retira, quiza con una amarga nostalgia de la Gloria, de su Gabinete, y va a hundirse en las regiones ignotas de Asia y de Africa; Clemenceau, Jorge Clemenceau, el glorioso Tigre de Francia, ha florado una vez: cuando en las tierras redimidas de Alsacia, y en medio de una grandiosa ovación pública de las multitudes vibrantes de entusiasmo, se acercó al viejo Premier el tesoro primaveral de una mujercita de seis años que había vencido heroicamente la barrera de la multitud, y le ofreció una pobre flor rosácea, casi marchita por el calor de sus manecitas infantiles

Ya lo véis, lectoritas: el Tigre tiene también corazón

LEÓN DE BORNELL.

YO TE SEGUI

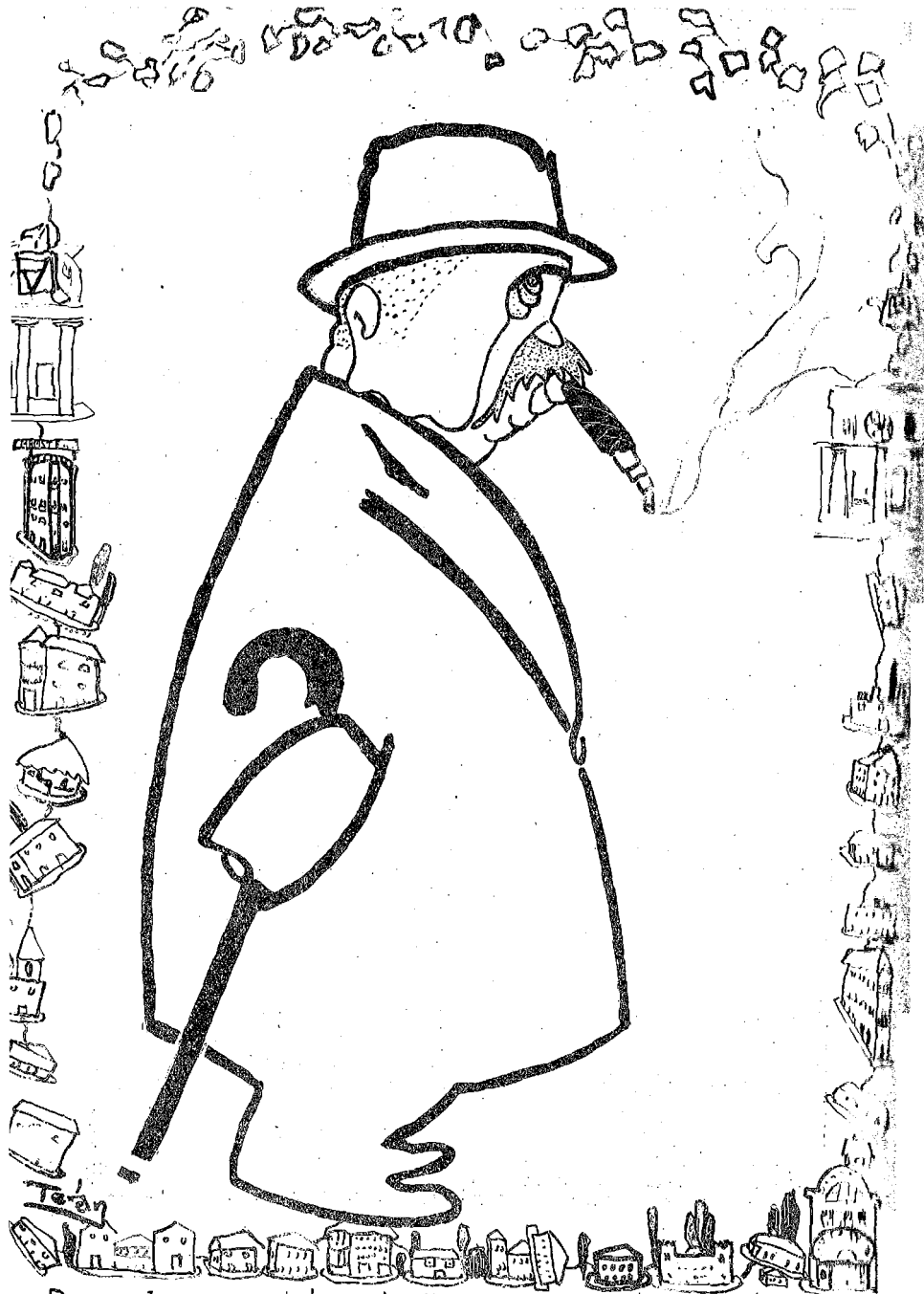
Yo te seguí en la sombra como una
Sombra funesta de tu luz esclava;
Eras en mí como una espina brava,
Eras en mí como piedad de luna.

Yo te seguí feroz como ninguna
Por tierras muertas, entre fuego y lava . . .
Iba diciendo: si mi vida acaba
Tu espalda viendo, me sabrá a fortuna.

Dulce tu alma, como fruta a punto,
Vila exprimirse sobre un alma blanca
Que ahora vive, con la tuya, junto.

Dolor, ahullidos de mi pecho arranca,
Mas al impulso de una fuerza loca,
Cuando la besas tú, beso tu boca.

ALFONSTINA STORNI.



Don Jorge, el embellecedor de la ciudad.

GUIGNOL

Llegando hasta los maestros

Destruir es crear.

PÍO BAROJA.

Jamás he podido evitar la seducción incomparable de ciertos nombres propios. Como a los que sienten circular en sus venas sangre torera les suena un pasodoble flameado y como a los muchachos que al oír la charanga marcial se encienden en amor patrio, me pasa a mí con los nombres propios. Hay algunos que me sugieren a clarines guerreros y a heráldicas trompetas. Sonoros y armónicos contribuyen a musicalizar un período y a redondear un párrafo: Peregrino Rivera Ace, Francisco de Paula Soria, León Pacífico Bravo, Juan Buenaventura Navas, son nombres de una hermosura indisculpable y en los que siempre he confiado para el éxito de cualquier escrito.

Pero ninguno más sonoro, más elocuente y más musical que el de N. Clemente Ponce, porque, considero que, para llevarlo dignamente, se necesita ser mucha persona y mucho hombre. Además tiene este nombre propio (de la persona que lo lleva) la singular cualidad de intrigar a todo el mundo sobre la inicial incógnita con que comienza. ¿Quién no se ha puesto a cavilar seriamente sobre cuál es el nombre a que efectivamente corresponde esa inicial? Yo, por mí, declaro que una noche me la pasé discutiendo sobre cuál podía ser ese nombre ignorado por todos y que a todos intriga. Desfilaban por mi imaginación todos los que por la letra N comienzan, desde Napoleón hasta Nabucodonosor, Nepomuceno, Nazario, Nicandro, Nicolás, Narsiso, Norberto y otros muchos pretendieron solucionar inútilmente el gravísimo problema en que me hallaba enfrascado y ninguno me satisfacía verdaderamente, ninguno lograba armonizar con el resto del nombre. Llegué a pensar si sería Ene mismo pero me pareció sencillamente una idea ab-

surda y estúpida el creer que alguien pudiera llamarse Ene y llevara su timidez hasta firmar N. Deseché, por tanto, estas suposiciones y mi espíritu se engolfó en otras no menos desventuradas hipótesis, hasta que distraídamente tropezaron mis ojos con una lista de Registro Civil que publicaba entre datos diversos un periódico de la localidad. Decía así:

DEFUNCIONES

Enlano de Tai—cólico miserere—45 años, etc.

N. N.—hallado muerto, etc.

¡Beso es! ¡N. N.! ¡Claro!

Nada más sencillo, señores, el problema está ya descifrado.

¡Qué torpo había sido! ¡No comprenderlo antes! Si es claro, hombre, si es claro, El Dr. N. Clemente Ponce, sin duda alguna, debió haber tenido algún otro nombre anterior al de Clemente, quiero decir, otro que precedía a ese. Como desde la época en que nació el Dr. Ponce a ésta en que vivimos, han pasado ya algunos años, y como los hombres inteligentes suelen generalmente tener muy mala memoria y como en la familia del dicho doctor, todos (hasta las mujeres) son hombres inteligentes, naturalmente se les olvidó el nombre a que me refero, y de común acuerdo prefirieron sustituirlo por N. (nombre desconocido) antes que caer en la desgracia de hacer preceder el de Clemente, de otro, quizá proleto y que no armonice con el resto del nombre.

A esta digresión me ha llevado la sorpresa, muy grata por cierto, de encontrar bajo unas bizarras estrofas el nombre y apellido, sin olvidar la N. del principio, del Dr. N. Clemente Ponce.

En «*El Curuchupa*», órgano de otra familia inteligente, la del Dr. Apari-

cio Rivadeneira, he encontrado los versos en cuestión.

Si no me equivoco, hay actualmente en el Ecuador tres genios literarios, todos doctores (y abcgados para dignificar esa profesión liberal), que son: el Dr. Crespo Toral, el Dr. Honorato Vázquez y el Dr. N. Clemente Ponce; de Ouenca los dos primeros y de Quito éste último, que es además traductor de la Eneida de Virgilio, autor de unos sáficos adónicos al Presidente de Colombia y Mantenedor de los Juegos Florales.

No fue, pues, como comprenderán mis lectores, mi sorpresa, el haber encontrado publicados unos versos suyos, sino que los tales versos sean una maravilla en este género literario.

El Dr. Ponce, a mi juicio, debe haber leído algún magnífico libro ultraísta y abandonado denodada y gentilmente, mugüer sus *lozanos abríles*, los viejos moldes de las arcaicas y rutinarias escuelas de nuestros padres, porque en cinco estrofas de seis versos endecasílabos, ha hecho lo posible porque nadie sepa de qué se trata. Ha estado sencillamente divino y admirable, aunque todavía no ha logrado adaptar su temperamento a las nuevas palabras y a las nuevas maneras de decir, cosa muy natural, por cierto, en uno que comienza y que se inicia recién en estos vuelos *ultraliterarios*.

Se intitula la poesía a que me refiero: «Al Combate», que aunque de corte clásico, como seguramente él cree y creen los de «*El Curuchupa*» y los jesuitas, es modernísima en el fondo, si se cree que el modernismo consiste en no darse a comprender de nadie ni entenderse uno mismo. Habla de revolución!!; de tormenta, de corazón, de «borrascosas tempestades que commueven las humanas sociedades», del retumbar del trueno y del cañón, de la «demagogia andaz, loca y atea que blande en la diestra asoladora tea y en la siniestra pavorosa idea» y de no sé que incendio que él cree próximo a estallar, y.... en fin, de todas las demás cosas que el lector paciente leerá:

AL COMBATE

¡Quién en los tiempos de la edad presente
Permanece tranquilo, indiferente
A la del mundo gran revolución!
¡Quién hay que al prepararse la tormenta
Impávido se muevite, sin que sienta
En el pecho agitarse el corazón!

Negras y borrascosas tempestades
Commueven las humanas sociedades,
Por doquier se oye el trueno retumbar;
En demagogia andaz, loca y atea:
Blande en la diestra asoladora tea,
¡El incendio está próximo a estallar!

Mientras del mal altivos los soldados,
Por infernales lazos hermanados,
Sacan en fortaleza de la unión;
Los hijos de la luz duermen inertes...
Mas no: preciso es ya que te despiertes,
¡Oh de Cristo impartérrita legión!

¡No ves ¡ay! cuánto el enemigo avanza?
Ya el trueno le disputa, ya te alcanza...
Deja a una lado ese sueño matador.
¡No oyes el grito que te llama a guerra!
¡Apercíbete pronto, y en la tierra
Si combates serás el vencedor.

Mas, antes de pelear, sube al Calvario,
Toma la cruz, penetra en el santuario,
Y allí bebe en la fuente del amor.
Y por lauros la frente coronada,
Luego levantarás, pues así armada,
Será tu escudo el COMAZON de un Dios.

N. Clemente Ponce.

A vuelo de pájaro podrá el lector inteligente darse cuenta de las innumerables bellezas retóricas que contiene esta corta *poesía* futurista.

¡Quién en los tiempos de la edad presente
Permanece tranquilo, indiferente
A la del mundo gran revolución!

Estos tres versos podrían servir como ejemplo del impecable y clásico uso del *hipérbaton*, como suelen decir los gramáticos:

A la del mundo gran revolución,
o en una de fregar cayó caldera.

¡Qué gran revolución será ésta que preocupa al doctor Ponce y que le hace interrogar tan bonito!, será, quizá, la fracasada de Nieto y Mousalva? ¡Quién sabe!

Pero por allí dice: «Los hijos de la luz duermen inertes»... Simbolismo, simbolismo! porque no quiero creer que se refiera a los hijos de ninguna señora Luz o Luz María... y que el cajista, quizá malintencionadamente le haya puesto con minúscula. «Mas

APUNTE DE LA VELADA DEL DOMINGO.

"El enamorado de la Reina"



no: preciso, es ya que te despiertes, *¡oh de Cristo impertérrita legión!*» continúa impetuoso e *impertérrito*, éi también, como haciendo notar que se dirige a una legión de impertérritos, y se alza conminatorio y airado, como don Quijote cuando tomó a las ovejas por ejércitos y dice: «¿No oyes el grito que te llama a guerra?»

Y la legión *impertérrita* como que oye el oyo y él como que predicara en desierto aconseja antes de pelear subir al calvario (para hacer ejercicio) y en lugar de darle armas le dice: «toma la cruz y penetra en el san-

tuario», y le aconseja que beba y la ve luego con la frente coronada de laureos y con el «Corazón de Jesús» por escudo.

Para qué vanos elogios, para qué frases hiperbólicas, si todos podrán apreciar la belleza de este *ensayo poético* del doctor Poncet?

No hay más que hablar: los maestros son los maestros, y el doctor Poncet es un maestro . . . sastre, diácono alguno, por lo bien que sabe hilvanar los versos.

ALONSO QUIJANO.

OYEME, MUCHACHITA

Oyeme, muchachita, yo he querido decirte,
todas las viejas cosas del corazón ya viejo,
pero he visto ponerse tu carita tan triste
y tus ojos oscuros, húmedos por las lágrimas.

Yo he querido contarte que allá, en la vieja casa
tuve un huerto con rosas y una ventana al huerto
que las rosas murieron cuando llegó el otoño
se cerró la ventana, cuando llegó el invierno.

Unas cosas tan tristes... ver con luto la puerta
al volver, del colegio, una clara mañana
unos rostros queridos marchitos por la pena
y en la alcoba una voz amada sollozando...

Luego... bueno... de aquella romanza pueblerina
rosa blanca, agua clara, sol y campo dorado
que al florecer en besos, asesinó la vida,
muy comedia y muy drama un despertar de Mayo...

Pero he visto ponerse tu cara triste
y tus ojos oscuros húmedos por el llanto.
No, no puedo decirte lo que quería decirte,
no quiero que tu flores, no quiero que tu flores...

Manuel Benjamín Carrion

CARTA DE MUJER

PARA "CARICATURA"

¿Qué sino fatal te puso en mi camino?

¿Qué inmensa decepción me arrojó hacia tí?...

Inexcrutable, enigmática, tu alma voluble y tornadiza tortura mis delirios de soñadora de quimeras. —Recuerdo dolorosamente el instante primero en que te ví. Guardo en la eternal melancolía de mis horas tristes el recuerdo de tu beso primero como una marca indeleble de fatalidad, y dentro de mi alma torturada la reminiscencia de tus ojos acariciadores, de tus ojos que han puesto demencias febriles en mi cerebro y dentro del pecho una pena más negra que ellos...

¿Cuántas lágrimas han derramado estas pupilas que pronto cegaran ante la eterna noche?...

Me atormentas friamente con egoísmo criminal como si te hubieras propuesto a estudiar científicamente, hasta dónde puede resistir el martirio de un alma.

Abrumada por la crueldad, pienso que no hay nada más desesperante que la friesteza del amor incomprendido.

Por una femenil curiosidad quisiera mirar tus uñas felinas, porque tengo la certeza de que encontraría en ellas despojos de mi corazón.

Si dable fuera convertir mi deseo en realidad, te diera muerte bajo una mirada intensa y fulgurante de mis pupilas....

Yo no te pido que me compadezcas.

Aún vibran de orgullo mis nervios y padeczo de las antiguas y ancestrales rebeldías. Y a pesar

de todos mis ímpetus de fierocilla salvaje, sé que mi vida es entre tus manos como un juguete en las de un chiquillo travieso, o como una barquilla que flota sin rumbo en el océano sin orillas de tu capricho... —¿Quieres más aún? Toma mi corazón y oprímelo hasta que la sangre brote y se extinga el último aliento de mi vida. Tienes derecho.

Destrozaste mis esperanzas y pasas sobre los despojos trágicos de mi vida como un rey tiránico de leyenda, como un emperador despótico que alfombra su camino no con terciopelos ni con tapices, sino con la ternura silenciosa de mis rimas y la amargura suave de mis poemas....

Entretanto locuaz y alegre gozarás del prestigio de la simpatía con que atraes diabólicamente a tus víctimas y entre las risas locas y el estallido del bullicioso Cuampagne que hierve su oro líquido en los cristales de Bohemia adormecerás mi recuerdo, porque sé que no podrás olvidarme nunca, jamás....

Te amé tanto que en nombre de ese amor que va a morir como una flor exótica bajo la nieve de tu olvido, sólo te pido que jamás pronuncies mi nombre... Nada más....

La vida se me va y sé que cuando duerma en la ciudad del silencio, me amarás mucho.... Sólo entonces. Porque seré para tí lo que hoy eres para mí.... Un imposible!...

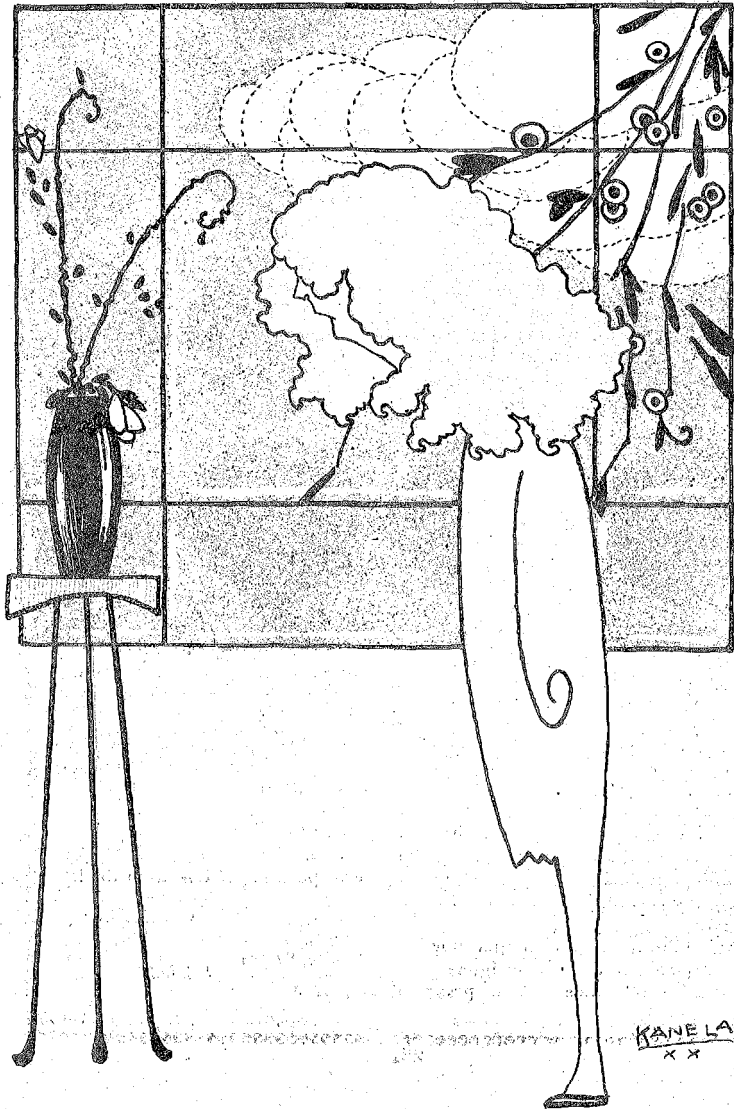
GLORIA.

Por la copia,

Soledad.

Enero, 1920

ALBUM DE CARICATURAS.



Así hablaba Valbuena

PARA F. BUSTAMANTE P.

Perdóname, lector que te presente a Valbuena, al "Pobre Valbuena", como solemos decirle sus amigos.

Tú le conoces, seguramente. Te habrá saludado muchas veces, lector; mas tú no habrás reparado en él. Valbuena es una persona sin importancia, y como él mismo dice, es "pobre, desvalido y desamparado".

Este raro e incomprensible Valbuena, como el Tello Téllez de Nervo, pretende también tener ideas. Y lo que es más, pretende que sus ideas deben interesar a muchas personas.

"Qué?... (me ha dicho una vez), no se hacen ahora libros, averiguando a ciertas personas, cómo son, cómo piensan, qué hacen, descendiendo hasta los más triviales detalles de la vida?... Luego, que más da que el de la biografía hecha con detalles íntimos sea . . . D. Antonio Maura, el Cha de Perisa, o . . . yo".

Y a Valbuena le suceden unas cosas tan raras, que verdaderamente creo que vale bien la pena contarlas.

Un poeta, un solitario y desdénfioso poeta, que por una extraña alucinación, o quizá por snobismo, creyó en las *ideus* de Valbuena, le consultó una vez.

Valbuena me ha contado lo que una noche habló con el poeta, pero dice que aquello fué tan confuso que aún no sabe si realmente aconteció, o fue solo un sueño.

Ni sabe siquiera si en realidad le visitó el poeta, o solamente su sombra . . .

En fin, lector, como él me lo contó, yo te lo cuento.

En una habitación pobre, harto desnuda, *pero* ordenada y limpia, se halla Valbuena. Es de noche . . . y por la amplia ventana entra la luz de la luna. Enorme silencio. Valbuena recostado en su *birda* y militar cama, . . . medita.

"Haciendo una rígida mueca de piedra" . . . asoma una sombra.

LA SOMBRA.—Amigo mío: larga espera la mía y muy escaso cumplimiento el tuyo obliganme a recordarle ahora que me debe Ud. una opinioncilla... o cosa así . . .

VALBUENA.—Sombra amiga! «Herido de punta de ausencia, llagado de las telas del corazón», enfermo de cuerpo y de alma, pobre, desvalido y desamparado; imploro de tí humilde perdón. Perdón por la tardanza.

LA SOMBRA.—(acerca una silla, se sienta junto al lecho y dice bondadosamente): Vamos, explíquese Ud.

VALBUENA.—Sería muy largo enumerar las causas del retardo en dar mi juicio, mi opinión, o lo que sea, sobre aquella *fuerte obra* suya que ahora reposa en mi poder.

Pero en síntesis, en resumen contabilista o matemático, diré que ello no se ha hecho en tan largo transcurso de tiempo por las razones que expresa esta fórmula: 4/10, de contrariedades y disgustos, y hastío y spleen, y la mar; 2/10, de ocupaciones legítimas; 2/10 de ociosidad, sueño, pereza, invencible pesadez; y 2/10 de . . . timidez y no saber qué decir, ni cómo empezar. Lo que hace un total de diez décimas partes que sumadas unas con otras dan . . . cero.

LA SOMBRA.—Me place la cuentecilla; le disculpo y perdono, pero devuélvame mi *obra*, como dice Ud.

VALBUENA.—¡Oh sombra amiga! un poco de paciencia, que voy ya a cumplir con mi deber. Perdona una vez mas, pues sigo explicando lo que me

ha pasado. Dije que el resultado de mi operación daba cero. No es cierto. Cero no. Algo se ha hecho en tan grave y comprometida materia: se ha leído, se ha meditado, se ha procurado ahondar y descubrir todo lo que en los varios capítulos de esa fuerte obra existe. Y como resultado, aquí, en esta débil cabeza, bullen unas cuantas opiniones stultas, simples párafos, que, en el conjunto de opiniones que deben seguir a su obra, forman la parte de los que opinan sin saber. (Sin saber, eh?)

LA SOMBRA.—Vamos, explíquese Ud. y sea breve, que tengo otras cosas que hacer.

VALBUENA.—(Aigo receloso, comienza a tratar de Ud. a la sombra) Verá Ud. En todo asunto, en todo problema, así en los más altos de la política, de la religión, del arte, de la ciencia, como en los más triviales de la vida, opinan todos, los que saben y los que no saben, y resulta muchas veces que el camino que se toma, el parecer que se adopta, no es el de los mejores, el de los que saben, sino un término medio entre las opiniones de los que saben y de los que no saben. Y en política, en o yo, que no se adopta siquiera el término medio, sino que las resoluciones se aproximan a la opinión de los que no saben nada.

De aquí nace esa valentía con que todos nos pronunciamos en los asuntos que no nos importan, cuando no sabemos ni...

LA SOMBRA.—(Sonríe y murmura distraidamente) A qué viene todo esto?

VALBUENA.—(Se incorpora, piensa un momento, y prosigue): Dije que esto se hace generalmente en los asuntos que no nos importan. Confieso que yo, por ejemplo, tengo un valor sin igual para lanzar opiniones sobre los asuntos más importantes que agitan el mundo; pero en los asuntos que me importan, en los que miro con verdadero interés y cariño, ya es otra cosa. Pienso, medito, reflexiono, me juzgo, me comparo, me peso, y... me entra un miedo fenomenal de hacer una plancha...

Bien, Y Ud. dirá: Y que diablos hay con todo esto. Francamente, no lo sé yo mismo. Porque al dirigirse Ud. a otra persona con el encargo que

yo tengo, ella habría dicho llanamente: amigo mío, o sombra amiga, perdoue la tardanza en darle mi opinión; mis numerosas ocupaciones no me han permitido hacerlo antes; pero ya que Ud. quiere mi parecer sobre sus versos, allá va...

Y, ¡pum!... una opinión.

Claro. Así habría dicho una persona de las que saben. Pero yo soy uno de los que no saben, pero que con todo, opinan. Y en esta ocasión, tengo interés en opinar, pero, no sé, y quisiera hacer algo bueno, y no puedo, y pasa el tiempo, y me pierdo en un mar de confusiones y disparates...

LA SOMBRA.—(mira fijamente a Valbuena y piensa: ¡Pues vaya un crítico loco!)!!!

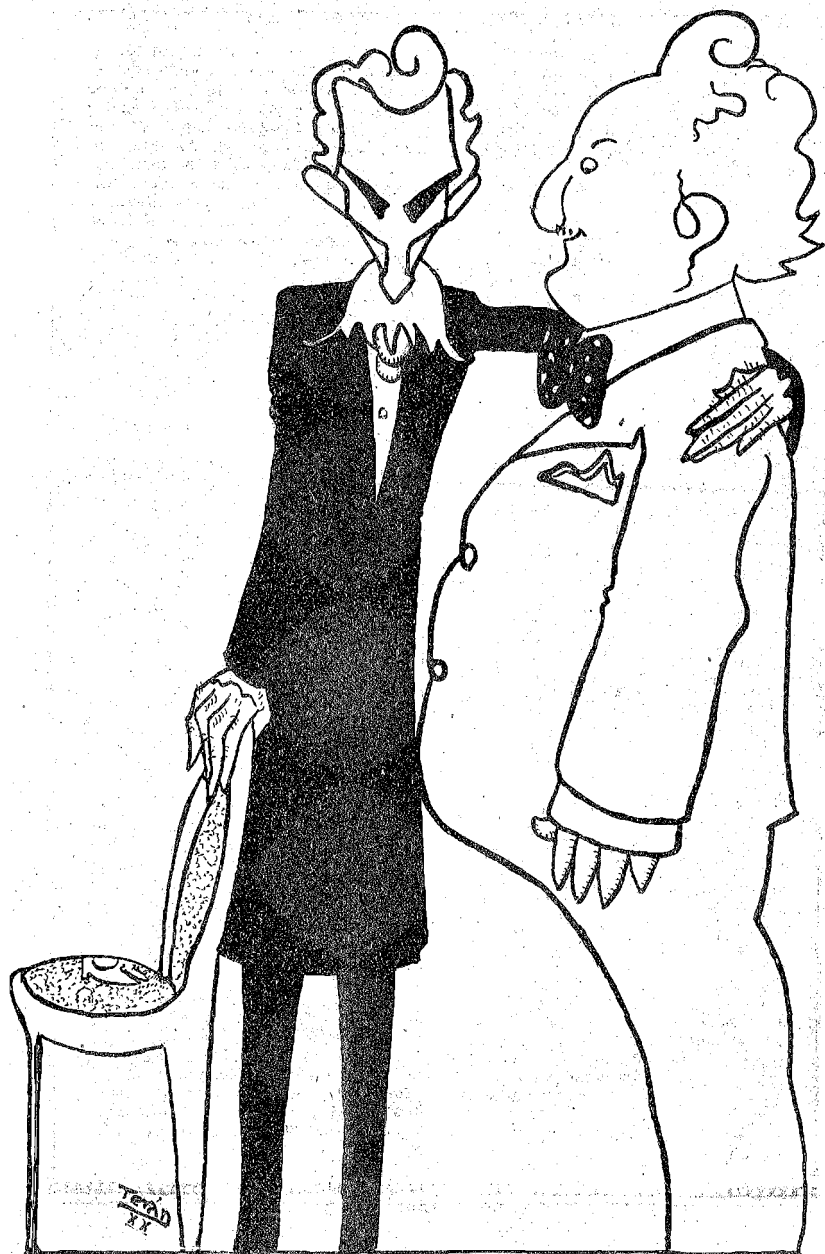
VALBUENA.—Paciencia! Que todo lo que voy diciendo no viene al caso y maldita la falta que hace! Discúlpame!... Ya había yo caído en la cuenta. Y es lo más grave que sigue lo mismo en los párrafos siguientes. Perdón!... Y deje Ud opinar!

Porque aquí el opicante soy yo, y como mi opinión es muy rara, necesito explicarme largamente. Explicarme, es decir, aclararme, defluirme, reafirmarme, en fin, hacer que se me conozca. Porque hace ya muchísimo tiempo (son ya cinco lustros) que trabajo por conocerme y que se me conozca, y... no me entiendo yo, ni me entiendo nadie. Paciencia! Esta ha escrito, y Allah es Allah y Mahoma su intendente.

Y para explicarme y definirme, me voy a confesar con Ud. Voy a hacer confesión de toda mi vida: breve, sintética, y muy sincera. Yo...

LA SOMBRA.—(poniendo una cara de angustia). Qué lejos estamos del asunto, por lo visto!

VALBUENA.—(De cuyos párpados huyó el sueño por completo, entusiasmado y sin fijarse en el aburrimiento de su acompañante, prosigue): Yo, ilustre y buena sombra visitante y acogedora, soy tan bueno, tan perfecto, tan puro y santo que al confesarme en este momento con Ud. no encuentro al volver mi vista y recorrer mi vida toda, sino una sola falta, una tan sólo!...



- La Primavera se alzó gentil, en su visión de artista.....
Felicitation del Presidente...

¡He perdido mucho tiempo!! Y ahora, que considero lo que eso significa, y lo que habría podido hacer, si siempre hubiera pensado como pienso hoy, tengo dolor profundo y arrepentimiento sincero por haber cometido esa única falta.

Pero, Allah . . . quiere que con fatalismo aterrador declaro yo mismo que esa falta no tiene perdón y que estoy perdido para siempre. ¡Condenado! sombra compañera! Condenado . . . a no saber nada y hacer esfuerzos supremos para salir de cualquier paso.

LA SOMBRA.— Encuentro justo que Ud. quiere ahora retratarse, confesarse conmigo, desahogarse explicando lo que ha hecho y lo que no ha hecho. Pero . . . quede para otra ocasión y vamos al grano.

VALBUENA.—Al grano voy. Voy despacio, por pasos. Explico como por esa sencillísima razón (mi ignorancia), ahora, en vez de escribir valientemente y opinar entre los que saben, así en los asuntos que me interesan vivamente, (estos son, por ejemplo, sus versos originales y bellos, ¡oh sombra!), por esa razón, digo, o mejor, hago . . . una inclinación académica, sonrío al público, y me retiro por el foro.

(VALBUENA, declamatorio solemne se pasa la mano por la frente, y lanza esta invocación:

¡Oh Dioses inmortales! ¡Quién fuera mi tocayo ilustre, despojado de veneno, y odio! Sabio sin rencor, gracioso sin maldad! ser un crítico ilustradísimo, de exquisito gusto y refinado estilo, que vaya por el mundo imponiendo su parecer, aplastando ídolos de barro, levantando y ensalzando el verdadero mérito, doquiera que lo hallase. Unas veces, severo, elevado; otras, hiriente y burlesco; siempre sabio y siempre justo. ¡Oh, sueños de grandeza, proyectos gigantes, no sois sino sueños!)

LA SOMBRA.—(Que va poco a poco adoptando un aire más pacífico y suave, se digna intervenir en el asunto, y opina:) Lo que es como soñar o divagar, convendrá usted conmigo que no se puede soñar o querer nada más grande. En efecto, el crítico que usted sueña, debe ser un coloso de la ciencia, del arte y del gusto literarios;

prosista y poeta, debe comprender a los unos y a los otros, comprender el medio, avalorar con justeza, opinar con valor, y como consecuencia, imponer, (como usted ha dicho) su parecer, aplastar con su opinión. El crítico de tal valer sería el examinador general de todos los que exhibieran sus obras. Pero, para llegar a una altura así, se necesitan cualidades verdaderamente excepcionales.

Mas . . . noto que enfrascados en una divagación inútil, nos vamos apartando del asunto nuestro, y que el tiempo pasa y que me voy quedando en ayunas.

VALBUENA.—Deje usted, Sombra, deje usted divagar. Yo le aseguro que la mayor parte de la vida se nos acaba en divagaciones.

Efíjese que el tiempo de verbo más usual es . . . ¡Oh sapiencia del que lo bautizó! . . . el llamado *imperfecto* . . . de subjuntivo . . .!!!! Justo, muy justo, que para las imperfecciones de la vida se use mucho, mirémoslo el imperfecto de los verbos, Amara, amaría y amase; fuera, sería y fuese; supiera, sabría y supiese; tuviera, tendría y tuviese.

Yo quisiera . . . pero . . . Yo he a bria amado . . . pero . . . Yo escribiera . . . pero . . .

Vaya. Se acabó. Ya he disparado bastante, y todo para qué? Para decir a usted, a guisa de prólogo, que no soy capaz de juzgar su obra como es debido, por deficiencia congénita y crónica, y que, no pudiendo producir un buen artículo, me limito a dar mi *opinión*, como podría opinar sobre una magnífica obra de arte, pictórica, musical, o lo que sea. Es decir, me limito a declarar mis impresiones, declarar lo que he sentido, lo que he creído ver; repitiendo siempre que el que opina soy yo; suplicando que se me crea, que se me haga caso; que guste mi opinión; y, si a pesar de todas mis súplicas, no se me hace caso y mi pequeña, oblicua, anónima, subjetiva y oscura, personalidad es condenada al cesto de papeles viejos . . . no importa.

LA SOMBRA.—(riendo de buena gana) ¡Ay! Válgame Dios, y con cuánta gana debes estar esperando, lector ilustre o quien pibeayo . . . que amor tigue y cese este agnaceró de . . . opiniones . . . sueñas . . .

VALBUENA.—Si señor, opiniones sueltas. Se acabaron ya. Iba a hacer un resumen de todo ello, pero como sería un verdadero abuso de su paciencia, empiezo la epístola: Se me ocurre un regular preludio o prólogo, o lo que sea: «Sombra amiga; discúlpame la pobreza de su compadre y acepte la buena voluntad con que le envía este presente». Se me ocurrió esta cita que no es sino plagio de la fórmula con que los compadres pobres envían sus regalos. Una vez, hace ya bastante tiempo, un compadre mío, pobre, y . . .

LA SOMBRA . . . Por Dios, amigo Valbuena! . . .

VALBUENA.—Ay! pero si ya estoy otra vez divagando. Y si diera rienda suelta al cúmulo de pretextos y cuentos que se me vienen a la cabeza para salir de este paso de la crítica, fenga usted por seguro que no acabaría nunca. Corto, pues, por el medio. Interrumpo las divagaciones, dejo los comentarios y las explicaciones, y entro en materia.

Cierto que esto del compadre y de la ofensa necesitaba un comentario y diez aclaraciones; pero . . . nada . . . nada; lo dejó para otra vez y comienzo . . .

LA SOMBRA.—A buena hora comienza usted. Ya me había olvidado yo del asunto que me movió a venir a hacerle esta visita. En fin, paciencia y ya le estoy oyendo.

VALBUENA.—(Como si se dirigiera a un numeroso auditorio y adoptando modales y postura de declamador).—Era una tranquila y hermosísima tarde del amanecer del mes de julio de mil nove . . .

LA SOMBRA (interrumpiendo).—Pasamos del género didáctico al género narrativo? . . .

VALBUENA.—(un poco serio) No le pido sino que me oiga, sin interrumpirme, por el espacio de diez minutos. Me lo concede?

LA SOMBRA (suspirando).—Concedido.

VALBUENA.—Amanecía el mes, llovía bastante, y este servidor de usted se hallaba atacado, quizás por efecto de esas lluvias, de una enfermedad extraña. Estaba enfermo de . . . poesía. Sí señor, de poesía. El día que fue rápido, pasó pronto, pero de-

jóme su paso por mi débil organismo una sensación extraña de impotencia y debilidad, y también de amor y deseo. No quiero extenderme más en analizar mi estado. Sería pesado y ahora no quiero divagaciones. Seré lo más breve.

Así recibí, en nueve fojas útiles, y conteniendo 16 capítulos, su magnífica obra. La recibí con grande entusiasmo, presintiendo y adivinando lo que ella contenía. Notará usted que llamo *obra* repetidas veces, al conjunto de sus composiciones; luego verá que *yo* (el opinante), tengo para ello un motivo especial.

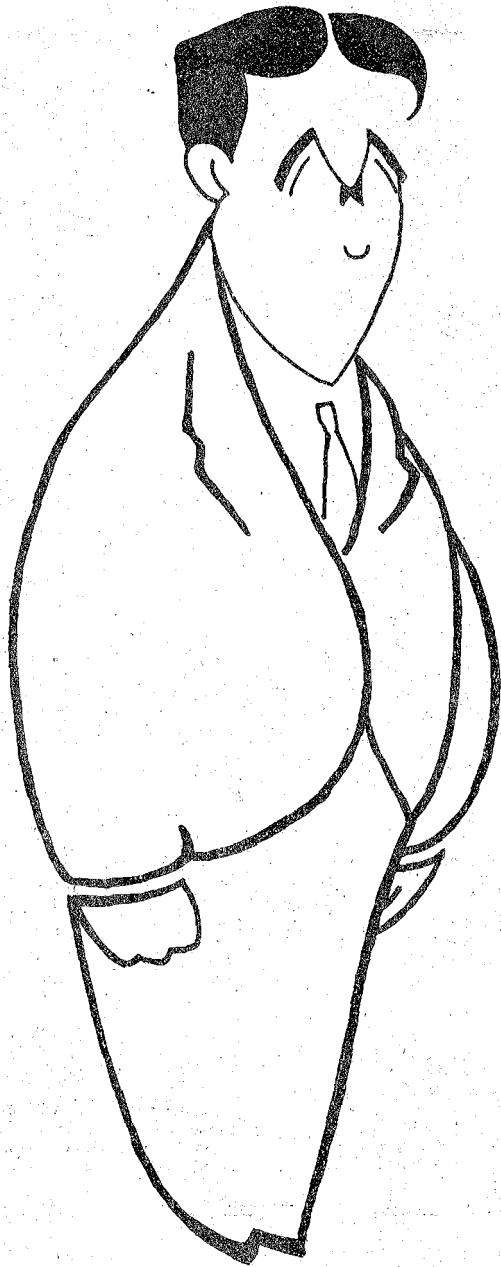
Resolví, ante todo, dar una lectura general; apreciar todo, como quien mira una ciudad en conjunto, desde una altura, para luego recorrer conscientemente y en detalle todos sus movimientos, sus bellas construcciones.

Leí, leí todo, despacio, paseándome, declamando, y recibí una sorpresa . . . pero de esas que llamo *yo sorpresas confirmativas!* Y perdone este último párrafo—añá.

Sorpresa confirmativa es una sorpresa que casi no es sorpresa. Su efecto es, ante todo, confirmar, como su nombre lo indica, una opinión que ya se tenía. Por ejemplo, si por una casualidad, descubro una obra poética muy buena de un hombre inteligente y de quien sospecho que guarda escondidas obras de ese género, recibo, al leerla, una sorpresa confirmativa. Y, otro ejemplo; (que lo cito porque fue la primera vez que dije: «sorpresa confirmativa») es este: por una casualidad, sé una enorme tontería del señor F.; y como le conozco y sé de lo que es capaz, digo. «No es una sorpresa para mí, . . . o mejor . . . sí es una sorpresa, pero . . . confirmativa!

Esta sorpresa se diferencia de la sorpresa vulgar en que en ésta, todo es inesperado; en la primera hay algo de esperado o presentado. En el caso de sus versos, yo sabía algo, yo tenía algo, o, para decir elegantemente, yo conocía la existencia de la luz; pero esa luz no aparecía a mis ojos acostumbrados. Vino al fin; la luz fué hecha (para mí); llegó; la admiré. (Sorpresa grata y confirmativa).

¿Cómo fué esa impresión primera que



Latonné
xx

Mogrievs COLLE

Que suprime el alambre... para evitar que
se lo roben.

el conjunto me produjo? ... No sé si sabré explicarla cumplidamente. Sólo le diré que esa impresión vale un bello artículo, que no es el presente descabellado *informe*, un artículo de algo que ... no será yo, seguramente.

Era una impresión compleja, honda, indefinible, algo vaga: ... Decididamente no puedo expresarla con claridad. Pero, haciendo un esfuerzo, y procurando ser conciso, diré que el conjunto de poesías, esas 16 composiciones me parecieron los capitales de un bello y único poema. Original y fuerte poema, que parecía llevar el título de CUATRO AÑOS DE MI VIDA" ... o cosa así ...

¿Y por qué esa idea rar?, dirá Ud. No sé, no me lo explico claramente.

Todas las composiciones llevan un sello de *unidad, originalidad y fuerza*, como primeros y sobresalientes caracteres. Todas, todas son como párrafos de una vida, son el canto de una vida, (o de una parte de ella) son el retrato de una alma. Si el retrato es verdadero, no lo afirmo; y esto, porque en sus versos, Ud. es, seguramente, primero bello, y después, verdadero.

LA SOMBRA—(para sí): Vaya un opinar ... de pichón aturdirde!

VALBUENA—Perdone Ud., cara Sombra, que divague otra vez. En toda esta formidable *lata*, no hay sino opiniones sueltas y divagaciones. Y continúo: No he profundizado, por aquello de la timidez; etc., sobre esos estados de alma pintados en esos cuadros magní ...

LA SOMBRA—Antes fueron capítulos, ahora son cuadros, luego serán dibujos, y después ... caricaturas.

VALBUENA—No, sombra; no es tiempo de comparar todavía. Déjeme que concluya el informe general, y luego le diré a qué clase de artistas le comparo.

Continúo otra vez: No defino ni analizo el sentimiento; no escudriño el poema; no interpreto emociones ni pesares. Me limito a admirar y divago. .

Me sugestiono, ante todo, sobre otras cualidades de sus versos, la fluidez. Ya declararé que son bellos y originales. Qué entiendo yo por su potencia o fuerza? Sin saber explicarla, la siento y la veo. La reconozco en sus versos

por aquella fluidez, ese correr natural de las frases, ese algo *propio* suyo, muy suyo, que allí descubro.

Y perdone Ud. este estilo de Catecismo, en gracia de que estoy muy serio.

La fuerza de sus composiciones reside en un conjunto de cualidades. La originalidad, la belleza de expresión, la sinceridad, y el saber dar a sus ideas ese sello especial que lo revela y retrata; lo que hace que una idea, una frase, una composición sea suya, enteramente suya.

Ay! y estoy pensando que estas cosas las sabe mejor Ud. . . .

LA SOMBRA—No divague, hombre, y acabe de una vez.

VALBUENA—Ya termino . . .

LA SOMBRA—Gracias a Allah!!!

VALBUENA—Opino, opino resuelta-mente que sus versos son "bellos" y "originales" Opino también que me recen ser estudiados con detenimiento y analizados en su psicología, en su expresión, y, ante todo, en su "noveldad".

LA SOMBRA—Fues yo opino que Ud. no ha hecho nada y que me he quedado en ayunas. . . .

VALBUENA—Veo, Sombra amiga, que está Ud. algo enfadado; perdone el tiempo que la he hecho pasar aquí; yo iba a concluir manifestándole ciertas observaciones pequeñísimas, ciertos reparos más pequeños y quizá más locos que mis opinicos. Pero, veo que no es el momento propicio. Lo haré después rezado. Y para no cansar más a Ud. concluyo con esta allocución—rezo—brindis—resumen:

¡Oh Sombra! Valbuena, el pobre, te declara poeta fuerte, original y bueno, dominador y sabio.

Valbuena, el pobre, declara que ha visto en tu *obra* no sólo lo que has hecho sino lo que eres capaz de hacer. Te has revelado en tus bellas cosas, y has demostrado que trabajando harás muchas bellas cosas más.

Yo te bendigo en el nombre de los Padres de la Poesía, de los hijos predilectos de ella, y del espíritu fuerte que preside y dirige las grandes cosas. A . . .

LA SOMBRA—(Se levanta, estira los brazos, suspira, bosteza, hace ademanes como de persona que acaba de recibir una paliza) y dice: Gracias,

pobre Valbuena; por sus apreciaciones, por su criterio, por su verbo incansable, sonoro y vacío... opino que opina Ud como un fonógrafo. Buenas noches. Ya estamos muy cerca del amanecer y a Ud. le conviene descansar; pero muchísimo más a mí.

LA SOMBRA se va alejando, alejando. Desaparece por la ventana, viéndose por última vez envuelta en la claridad de la luna. Parece que va hacia ella...

VALBUENA, confundido, envuelto en silencio, siente que en los vacíos apertados de su cabeza comienzan a danzar extrañas ideas, siente una invenci-

ble pesadez en todo el cuerpo, se acomoda en su lecho y comienza a cerrar los ojos... Morfeo llega... Valbuena sueña, ve pasar un torbellino de cosas inverosímiles; se agita, abre los ojos... sonríe, vuelve a cerrarlos, cree ver una mujer hermosísima, luego está en una fiesta, murmura algo... una sacudida brusca... abre los ojos... vuelve a soñar... está con la SOMBRA, paseando... corren... encuentran una cosa en el suelo... dinero!!... los vestidos están viejos... llenos de agujeros... Entre los árboles hay unos bultos oscuros... Un bar... botellas... bebe... bebe... bebe mucho... cae sobre una mesa... dormido... dormido.

Jean de Tilly.

NOTAS

Por la imposibilidad de publicar en este número los fotograbados de todos los bocetos presentados al concurso de *affiches* por la Federación de Estudiantes, no publicamos una ligera reseña de ese concurso, que aparecerá en el próximo número acompañada de las fotografías de los bocetos presentados y de una tricomía del

boceto premiado.

Así también, por los mismos inconvenientes no hemos podido presentar al público las fotografías de las señoritas que tomaron parte en la velada del domingo anterior y de los cuadros alegóricos de los señores Luis F. Veloz y Nicolás Delgado, que serán publicados en el número siguiente de "Caricatura".

Precio de suscripciones para 1920

—REVISTAS DE ULTIMA MODA PARA SEÑORAS Y NIÑAS—

	Un año	6 meses	Ctu.
Weldon's Ladies Journal con platos.	6,50	3,50	0,70
Weldon's Illustre	5,00	3,00	0,60
Weldon's Bazar	5,00	3,00	0,60
Arte y Moda	9,00	5,00	1,00
Pictorial Review	7,20	4,00	0,75
Espejo de la Moda	8,50	3,50	0,70
La Moda Elegante, ilustrada	30,00	16,50	
Femina Modas y Sport	24,00	13,00	
Paris Elegante, última cosección	23,00	12,00	2,20
Les grandes Modes de Paris	24,00	13,00	2,20
Femm Chic Paris edition Luxe	24,00	13,00	
Vogue en castellano	18,00	10,00	
Mi Revista—modas, dibujos y labores	7,00	4,00	
La Mujer en su casa	28,00	15,00	
L'Album Tailleur de la Femme Chic	7,00		4,00
Chic et Simplicité, ilustrada	14,00	8,00	1,00
Les Chapeaux de la Femme chic	20,00	10,50	
Les Elegances Parisiennes, gran lujo	36,00	19,00	3,30
Les Modes modas y arte	24,00	13,00	2,30
Chiffons—publicación quincenal, ilustrada	21,00	11,00	
La Libre de la Mode a Paris	30,00	10,50	1,80
Patrons Français, Album trimestral	5,50	3,00	1,80
Weldon's Catálogo, publicación tres veces al año	2,40		1,50
Español—Modas, album temporal dos veces al año	2,50		1,50

REVISTAS ILUSTRADAS

La Esfera, ilustración mundial	29,00	15,00	0,65
Bianco y Negro, arte y literatura	18,00	9,50	0,40
Novo Mundo, ilustrada	18,00	9,50	0,40
Hojas Selectas, revista para todos	8,50	5,00	0,80
Los Muchachos, revista para niños	7,00	4,00	0,20
Cosmópolis, colaboradores los grandes maestros contemporáneos	15,00	8,00	1,40
Boletín de la Unión Pan-Americana	6,00	3,50	0,80
El Mercurio, New Orleans	7,00	4,00	
Stadium, revista de Sport	11,00	6,00	
Revista Cervantes: Director Villaespesa	16,00	8,00	1,40
Plus—Ultra, ilustrada gran lujo	21,00	11,00	2,00
Caras y Caretas, ilustrada	21,00	11,00	0,50
La Odontología, de ciencias dentales de Madrid	8,50	5,00	
La Hacienda, agricultura y ganadería	8,50	5,00	
El Mundo Científico, inventos modernos	16,00	10,00	

EN FRANCÉS

Le Kire—Journal humoristique	10,00	5,50	0,25
Lecture Pour Tous illustré. (mensual)	14,00	7,50	1,40
Je Sais Tout	14,00	7,50	1,40
La Vie Parisienne humoristique	28,00	12,00	0,60
L'Illustration, Paris Journal Universel	46,00	24,00	1,00

A más de las anunciadas acepto suscripciones a cuantas Revistas y diarios se soliciten, hay números de meses pasados de todas las Revistas anunciadas que se venden a la mitad del precio de los últimos llegados. Acepto suscripciones de provincias y pedidos de números sueltos mandando su valor.

SEMILLAS FRANCESAS DE HORTALIZAS

y flores recibidas últimamente, diez paquetes surtidos UN SUCRE.

Plantas vivas de hortalizas, se vende por cientos a solicitud del público y a precios baratos.

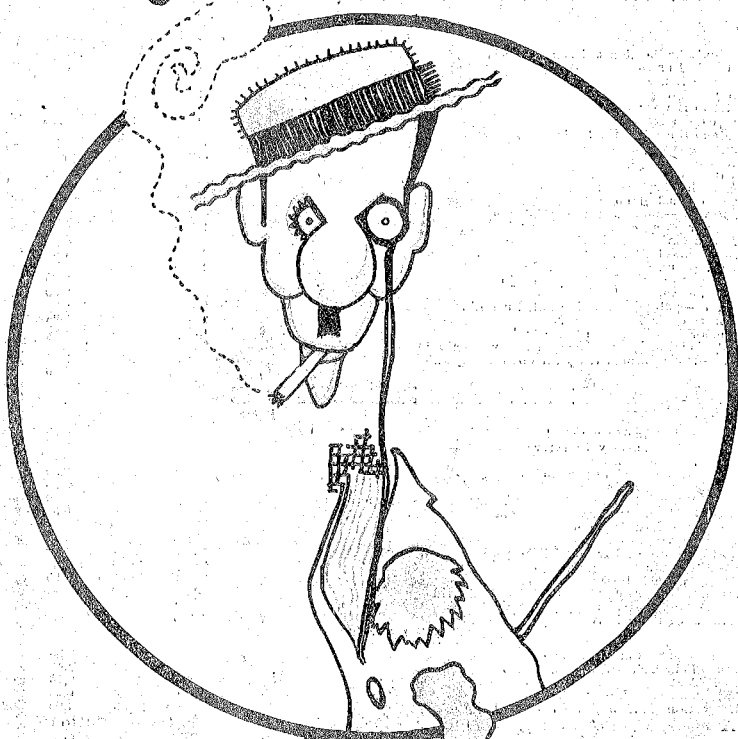
Semillas de Vilmorin Andrieux y Co. de venta en Quito en la
LIBRERIA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

C. B. SANCHEZ

CALLE DEL CORREO

NOTA.—Jacintos de Holanda dobles y sencillos, blancos, rosas, azul, lacre y otros colores cada planta S. 0,25 y S. 2,40 la docena surtidos.

Cigarrillos "CORONA."



Febrero 1920

	L.	M.	M.	J.	V.	S.
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	•	•	•	•	•	•

K
72

CARICATURA.



Don Enrique —Una... careta para el baile de
Mascorán.
—Esta es la más graciosa.
—No señor, con esta ya me conocen....